

Una aventura en tres etapas: por los bellos y agrestes caminos reales de Santander

Ivonne Marcella Duque Estupiñan
Historiadora y magíster en Historia
Docente de la Facultad de Arquitectura
Universidad Santo Tomás, Bucaramanga, Santander, Colombia
Correo electrónico: ivonne.duque@ustabuca.edu.co

El origen de la travesía

Desde muy pequeña me ha gustado caminar, por diversos motivos, caminar por diversión, por necesidad; caminar para despejar la mente; caminar para conocer, para conocerme o perderme; caminar simplemente por caminar, sin razón aparente.

Tal vez por ello, cuando a comienzos del mes de noviembre del año 2016 mi compañera de oficina Catalina Rodríguez me sugirió un viaje para fin de año, aquella propuesta no me pareció del todo descabellada; aun así, me asaltaron muchas dudas.

¿Qué te parece si hacemos un viaje? Como a ti y a mí nos gusta caminar, podríamos hacer una ruta por los antiguos caminos reales de Santander, dijo Catalina muy entusiasmada.

Al ver mi cara de sorpresa procedió a contarme que había encontrado un libro que se llamaba "Rutas camineras de Colombia: Santander", editado por la Corporación Nacional de Turismo en el año 1996, donde aparecían 40 rutas camineras que recorrían todo el departamento de Santander. Creo que mi cara de asombro permanecía, porque de alguna forma Catalina empezó a apelar a mi razón.

Mira –dijo mostrándome el libro– cada ruta aparece con su respectiva guía, incluye un mapacroquis y un perfil altimétrico de los recorridos, fotografías, detalles físicos de los caminos, indicaciones para la correcta práctica de las caminatas relacionadas con equipos, ritmos de marcha,

cuidados de la naturaleza, y recomendaciones y sugerencias que facilitarán el desarrollo seguro de la actividad.

Piénsalo, podemos invitar a más personas, obviamente no iríamos solas.

Fue así como el día 15 de noviembre del 2016 llegó a mi correo personal una copia escaneada del libro en mención, según Catalina para que mirara cuál ruta podíamos hacer, teniendo en cuenta nuestros intereses y sobre todo nuestras capacidades físicas.

Debo confesar que cuando empecé a leer el libro las dudas no desaparecieron, de hecho, aumentaron, y dos vocecillas aparecieron en escena, la voz de la razón que me decía que todo era una locura, y, por otro lado, la voz de la aventura que me decía que debía arriesgarme y salir a explorar.

Finalmente acepte realizar el viaje y empezamos con los preparativos. Primero convocamos más personas, al final solo aceptaron Andrés y Melissa. Andrés Román insistió en que todo era una locura, pero que lo haría de todos modos, era mejor que no fuéramos solas. Melissa Duque, por su parte, aceptó motivada por el interés artístico de poder fotografiar parajes agrestes. Así pues, mi novio aceptó por amor y mi hermana por curiosidad.

El siguiente paso era escoger la ruta que haríamos, de dónde partiríamos y a dónde llegaríamos. Catalina sugirió la ruta Zapatoca - Guane. Era una caminata exigente, pero la

podíamos hacer en una sola jornada. Pero ya que estábamos en eso, ¿Por qué no hacer más de una ruta? ¿Por qué no hacemos de una vez Villanueva - Jordán y después Jordán - Los Santos? Podríamos descansar una jornada y caminar otra para reponer fuerzas entre cada tramo. Esa fue una idea muy descabellada viéndola en perspectiva. Y sí, querido lector, después pagaríamos con creces nuestra osadía, porque los caminos te piden una ofrenda o un sacrificio como lo quieran ver. Después de recorrer aquellos caminos no vuelves a ser el mismo, algo dejas, pero también algo recibes.

Zapatoca - Guane: El descenso al río Suárez

Llegamos a Zapatoca el domingo 18 de diciembre de 2016 a las 12:30 del mediodía. El bus nos dejó en uno de los costados del parque principal. Inmediatamente nos dirigimos al lugar donde nos quedaríamos esa noche. Después de caminar un par de cuadras encontramos el hostel La Juanita. Tocamos y nos abrió un hombre alto, corpulento y con una actitud muy amable, era Pedro Miguel Alvarado, nuestro anfitrión. Detrás suyo salió Juanita, una perra pastora border collie bastante encantadora, cuya imagen y nombre es la marca del hostel. Como era la hora del almuerzo nos sugirió que dejáramos el equipaje y saliéramos con él y su esposa a buscar un restaurante.

La tarde transcurrió apacible, el clima era muy agradable al igual que la compañía. Deambulamos por el pueblo tomando fotos, conversando, conociendo gente, hasta que llegamos a un curioso tenderete. Los más variopintos objetos artesanales, estaban dispuestos de manera aleatoria, casi desordenados, pero eso en vez de molestar, atraía. En la casa vivía una pareja de extranjeros con sus pequeños hijos, él mexicano, ella europea.

Cuando se acercaba la noche, retornamos al hostel para terminar de organizar las cosas. Cada uno llevaba un morral de viaje con un peso entre 7 y 9 kilos, guardamos la ropa necesaria,

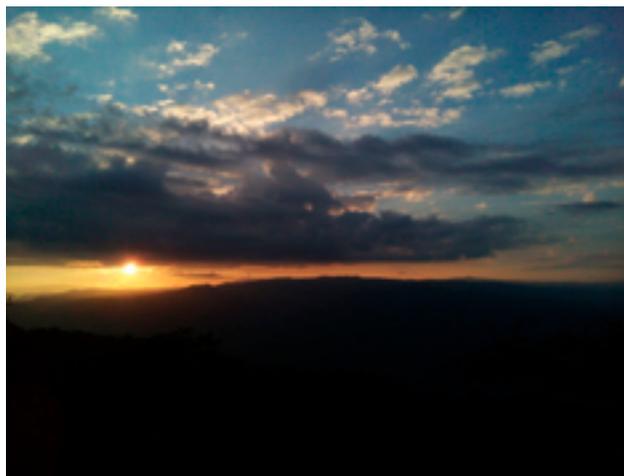
botiquín, suero, comida y agua, líquido vital, el cual representaba más o menos un tercio del peso total del equipaje.

Partimos la mañana del lunes 19 de diciembre a las 4:00 a.m. rumbo a Guane. Según nuestros cálculos y las recomendaciones recibidas durante la preparación del viaje, esta ruta se realizaba más o menos entre 7 y 8 horas de descensos y ascensos muy pronunciados.

Primero, debíamos llegar a un sitio que se llama "El Limón" a 20 minutos del centro poblado de Zapatoca, desde donde uno arriba en el bus que va para Socorro. Después de caminar 20 minutos encontramos la cerca que demarca como tal el inicio del camino real.

Empezamos atravesando algunos potreros delimitados por antiguas cercas de piedra, de hecho, alcanzamos a identificar algunas vacas al fondo. Sorteamos unos pastizales altos y algunos arbustos espinosos antes de encontrar nuevamente el camino. En ese momento el sol ya había salido, pero su luz era agradable, casi como un abrazo suave, fue muy bonito ver el amanecer mientras descendíamos acompañados de una brisa cálida propia del lugar y del momento del día, serían las 7:00 a.m. aproximadamente.

Figura 1. *Amanecer desde el inicio del camino que de Zapatoca conduce a Guane.*



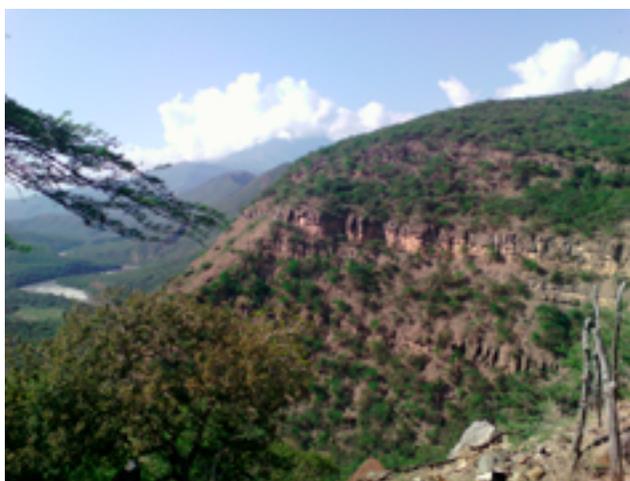
Fuente: Melissa Duque Estupiñán

Figura 2. Camino que de Zapatoca conduce a Guane.



Mientras bajamos, de repente se abrió un punto en el camino desde donde se podían divisar dos elementos importantes: el río Suárez a lo lejos, y el gran precipicio sobre el borde derecho del camino.

Figura 3. Vista a lo lejos del río Suárez, inicio del descenso sobre el camino que de Zapatoca conduce a Guane.



A medida que avanzábamos la calzada empedrada fue bordeada por árboles nativos, eventualmente algunas cercas antiguas de piedra aparecían como pequeños gigantes pétreos que nos recordaban que aquel paisaje agreste otrora fue la tierra de alguien, el potrero de alguien, y que seguramente aun lo era.

Figura 4. Tramo del camino empedrado que desciende hacia el río Suárez – Detalle portones.



Sobre las 9:00 a.m. el sol alumbraba resplandeciente y el calor empezaba a menguar nuestras fuerzas. Los árboles se empezaron a dispersar y eran menos tupidos que los anteriores, ya no sentíamos cobijo, al contrario, nos sentimos desprotegidos. Así mismo, las grandes lajas de piedra pulida dieron paso a pequeñas y traicioneras piedras que rodaban cada tanto por la pendiente, la cual se agudizaba haciendo del descenso algo peligroso. En aquel momento sentí que estábamos a punto de caer en una olla hirviente, el calor ya era insoportable, la humedad se hacía más intensa y la brisa se había evaporado.

Figura 5. Tramo del camino que desciende hacia el río Suárez.



Mientras seguíamos descendiendo, algo llamó nuestra atención: el gran número de fósiles que se encuentran incrustados en las piedras que componen el camino, siendo testigos mudos de un pasado prehistórico, irónicamente, más fresco y acuoso.

Figura 6. *Amonitas sobre el camino que desciende hacia el río Suárez. Fuente: Andrés Román Martínez.*



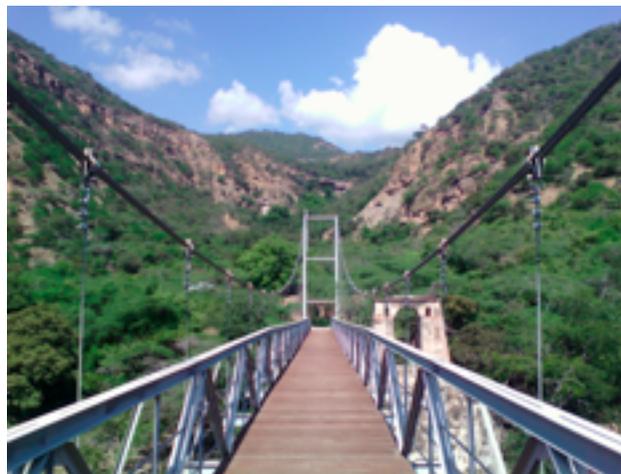
Después de sortear la primera parte del camino llegamos al famoso y recién construido Puente de Ruedas. Antes de llegar al puente, se alcanzaban a divisar los restos de lo que fue una antigua casa de tapia, refugio para los viajeros y el acopio de productos. Del antiguo puente construido en el siglo XIX, y que permitió conectar parte de la red de caminos trazados por el alemán Geo Von Lerguerke, solo quedaban los cimientos, las bases a cada lado y sobre estas dos columnas y arcos que demarcaban las entradas.

Figura 7. *Vista de los cimientos del antiguo Puente de Ruedas.*



Paralelo a lo que fue el antiguo puente, se erigió el nuevo, compuesto de una estructura metálica con tablonos de madera. Este se construyó más alto que el anterior, supongo que para aumentar la distancia con el río Suárez, que se percibe calmo, pero bastante caudaloso.

Figura 8. *Vista de la montaña que se descendió tomada desde el Puente de Ruedas.*



Los cimientos del antiguo puente nos dieron cobijo. Allí, nos resguardamos y tomamos agua. El tiempo pareció detenerse y es inevitable mirar el camino que acabábamos de recorrer. Y entonces empiezan a surgir preguntas, ¿cómo se logran esas hazañas? porque se vuelven pequeñas hazañas, por la inclemencia del clima principalmente. ¿Cómo lo lograron nuestros antepasados con cargas más pesadas que las nuestras?

Figura 9. Vista de los cimientos del antiguo Puente de Ruedas.



Después de reponer nuestra energía y llenarnos de fuerza, retomamos el camino en ascenso hacia Guane. Nada nos había preparado para lo que nos esperaba. Iniciamos la ruta a las 10:00 a.m. aprox. con el sol picando de frente, quemando hasta el alma. Había algunos árboles y arbustos, pero la sombra era escasa o nula.

Cada cual afrontó este tramo como pudo, mentalmente te desestabilizas, empiezas a dudar de tus capacidades, empiezan a aparecer fantasmas y pasas a cuestionarte sobre la vida misma. La naturaleza es implacable, es hermosa, majestuosa, pero también brutal y despiadada, te sientes afortunado, pero al mismo tiempo desprotegido. Eres un pequeño individuo cuya única defensa es la fortaleza mental, ya ni siquiera la capacidad física, porque el cuerpo simplemente deja de responder en algún momento, aquí lo más importante, repito, es la fortaleza mental.

Hablo por mí, sientes que ningún líquido calmara tu sed, sientes que te oprimen el pecho con fuerza, que los pulmones apenas se mueven, y que cada paso que das es como si retrocedieras dos. La sensación es muy dura, es como si fueras un animalito en medio de una olla caliente intentando trepar por los lados y no puedes. Suena exagerado, pero así lo sentí.

Mientras el cuerpo no daba más y la mente divagaba: yo comía bocadillo y pensaba en los grandes ciclistas colombianos cuando ascienden los picos europeos, y de repente me asaltaron las ganas de tomarme una Coca-Cola bien fría, no pregunten porque, solo me dieron ganas; Catalina tomaba pequeños sorbos del agua que aún tenía en su cantimplora; Melissa terminaba con su última chocolatina Jet; y mientras Andrés comía limones - sí, limones, con cáscara, semillas y todo, era la única fuente de líquido que tenía - dijo mirando al cielo: "son chulos, vuelan en círculo, ¿será que vienen por nosotros?"

Miramos hacia arriba y nos reímos con las pocas fuerzas que teníamos, pero todos dijimos, no, aquí no vamos a quedarnos, así lleguemos a Guane a media noche. Catalina y Melissa se adelantaron un poco, Andrés y yo quedamos rezagados, más por mí que por él, yo cada tanto comía bocadillo y otro tanto pensaba que ya no podía más.

Cuando al parecer llegamos al último tramo, encontramos un letrero que decía bebidas a 500 m, alcanzamos a emocionarnos porque ya no teníamos líquidos y la garganta se sentía reseca, la debilidad empezaba a pasarnos factura. Cuando recorrimos los 500 m y no había nada, fue terrible, nos desanimamos, aparecieron otra vez los arbustos espinosos, ya era cerca de la 1:00 p.m. Y así, de la nada, mientras nosotros tratábamos de no desfallecer, aparecieron dos extranjeros jóvenes, hombre y mujer, muy cándidos, en pantaloneta y sandalias, ella con blusa de tiras y el con una camiseta, nos saludaron jovialmente y nos preguntaron que si estaban cerca del río. Nosotros estupefactos les dimos indicaciones.

Los volteamos a mirar disimuladamente por última vez y yo pregunte ¿a quién se le ocurre bajar al río a esta hora infernal?

Continuamos nuestra marcha, y como si de un oasis se tratara, llegamos a una casa que se encontraba sobre el camino. Se supone que era una especie de tienda también, al menos eso era lo que indicaban los letreros. Pero no, para nuestra sorpresa y desdicha, no tenían nada, ni agua, gaseosa, cerveza, nada de nada. Descansamos un par de minutos a la sombra y preguntamos cuánto nos faltaba para llegar al centro del poblado de Guane. El señor de la casa nos dijo que aproximadamente 20 o 30 minutos, dependía del caminante. Y, a decir verdad, nosotros estamos bastante agotados, pero ese dato nos animó y continuamos. A medida que nos acercábamos al pueblo, empezaron a aparecer otra vez los linderos de piedra y los arbustos, hasta que divisamos una de las calles del pueblo. Finalmente, habíamos llegado.

Al pisar la primera losa de la calle del pueblo fue como si hubiésemos alcanzado la meta de una gran competencia, y el alma empieza a volver al cuerpo, ahora solo queríamos llegar al parque y descansar, tomar algo.

Así fue como arribamos sobre las 2:00 p.m., de un lunes 19 de diciembre del año 2016, al parque de Guane, cansados, llenos de tierra amarilla hasta la cabeza, pero con la satisfacción de haber cumplido nuestro primer objetivo. Nos sentamos en una de las esquinas del parque, al lado de una tienda donde Melissa, Andrés y yo compramos gaseosa –sí querido lector, me tomé la Coca-Cola que añoré mientras deliraba– y contemplamos la iglesia; Catalina por su parte abrió una lata de verduras y se las comió mientras cada cual trataba de dar coherencia a lo vivido, allá en lo más recóndito de su mente, porque ni ganas teníamos de hablar.

La tarde del 19 y todo el día 20 de diciembre lo pasamos en Barichara, comiendo, descansando, reponiendo energías. Nos quedamos en el

Hostal Color de Hormiga. Allí los únicos colombianos éramos nosotros. Una joven mexicana nos escuchó conversar y nos preguntó que de dónde veníamos, así que aprovechamos para contarle nuestra osadía, como en una especie de catarsis; ella por su parte nos dijo que estaba recorriendo Colombia, y ahora se dirigía a La Guajira. Así mismo, un joven francés de pelo largo se sintió atraído por el olor a mentol que salía del ungüento que Andrés utilizaba para masajearse las piernas. Fue divertido ver la cara de asombro del francés y a Andrés tratando de explicarle de qué se trataba aquella cremita en un spanglish muy rudimentario.

Villanueva - Jordán: rumbo a Shangri-La

La mañana del miércoles 21 de diciembre nos despedimos de Barichara y partimos en una buseta hacia Villanueva, eran las 6:15 a.m.

El siguiente tramo de nuestra caminata iba de Villanueva a Jordán a lo largo del camino real construido por Lengerke. Con la mente y el cuerpo despejados, afrontamos esta segunda etapa con otros ánimos, teníamos la esperanza de que ya lo peor había pasado.

Dejando atrás las últimas casas del pueblo, avanzamos por una vía carretable. Pasamos muchas fincas, unas con vacas, otras con cultivos, y uno llamó especialmente nuestra atención: el tabaco, ya que las plantas se encontraban florecidas.

Figura 10. *Cultivo de tabaco vía Villanueva - Jordán.*

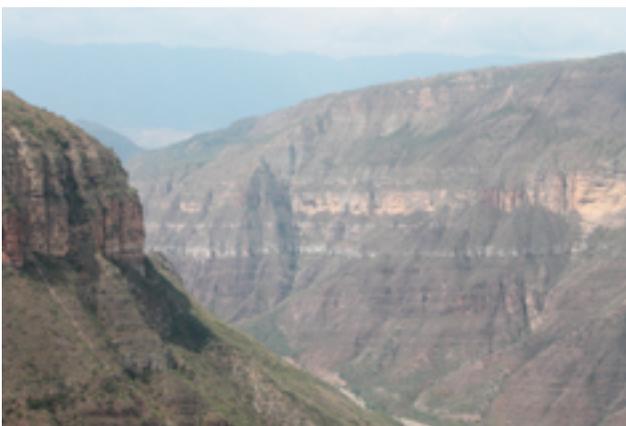


Esta zona estaba enmarcada por una característica tierra amarilla y un manto de vegetación verde y fresco. Además, podíamos percibir una brisa bastante agradable, ya que el día estaba un poco encapotado, lo cual para nosotros fue muy bueno, porque el sol fácilmente contribuye a la deshidratación.

Después de pasar por la última finca, sus ocupantes nos dijeron que siguiéramos caminando hasta encontrar el “Alto de las cabras”, que ese era el último sitio que veríamos antes de iniciar propiamente el camino real.

Cuando llegamos al lugar, divisamos una casita –la finca se llama Rancho Alegre– con una zona de parqueo y unos corrales con cabras, algunas recién nacidas. Según nos habían comentado este es el lugar de inicio o de llegada, esto dependerá de si afrontas el camino en descenso o en ascenso. Pasamos una cerca, miramos las cabras y seguimos caminando en un terreno plano, cuando de repente algo fantástico ocurrió: un segmento del Cañón del Chicamocha se abrió ante nosotros, majestuoso, indescriptible. Melissa mientras disparaba su cámara dijo –esto es lo más cercano a estar en un Parque Jurásico real, ¡solo que sin dinosaurios!–

Figura 11. *Vista del cañón del río Chicamocha desde el Alto de las Cabras. Vía Villanueva - Jordán.*



Después de admirar el cañón desde el punto más alto del recorrido emprendimos el descenso, aproximadamente a las 9:00 a.m. Ese iba a

ser un descenso altamente técnico, el cual debía afrontarse con mucha precaución, cuidando las articulaciones y la vida misma, un paso en falso podía resultar fatal, más teniendo en cuenta que llevamos morrales pesados a cuestas.

El camino era estrecho, con piedra suelta y arbustos espinosos. Estaba demarcado de principio a fin, y podía ser utilizado por personas y animales, es decir, cabras, no imagino que otro animal podría enfrentarse a esos parajes agresivos, a excepción de la fauna nativa. Solamente algunos tramos iniciales tenían una especie de calzada con lajas de piedra pulida.

Figura 12. *Vegetación nativa. Descenso camino del Lengerke tramo Villanueva - Jordán.*



Después de pasar un tramo alcanzamos a divisar a lo lejos nuestro destino: Jordán. En medio de nuestro optimismo, ganado a pulso después de realizar la primera etapa del viaje (Zapatoca - Guane), Andrés dijo: –está bastante cerca, podríamos estar llegando en 3 horas máximo, y todas asentimos entre eufóricas e ingenuas–.

Si bien fue un descenso peligroso, las condiciones climáticas estuvieron de nuestro lado, el sol apenas alumbraba tímidamente escondido entre un gran colchón de nubes, lo cual fue casi una bendición, algo muy extraño para esta zona y época del año. Bajamos muy lentamente, había muchas piedras sueltas y arbustos espinosos. Entonces aprovechamos para ir

tomando algunas fotografías, para hacer paradas técnicas en el camino con el fin de comer e hidratarnos. Así mismo, pudimos observar la vegetación propia del lugar, el río, y el pueblo, al menos esta vez podíamos ver la meta, no era un espejismo, no era una invención de nuestra mente febril. Conforme pasaban las horas, el día se fue tornando más gris.

A lo largo del recorrido encontramos dos elementos muy particulares: una lápida y una gigante piedra que parecía el trono de algún gran señor olvidado. La lápida la encontramos en uno de los primeros tramos, donde el camino era un tanto estrecho y tenía vegetación, aunque la lápida estaba en un recodo del camino. Fue muy extraño, era muy antigua, y empezamos a lanzar todo tipo de conjeturas, a hilar historias al respecto. Tenía una gran cruz, pero los datos como fecha y nombre eran muy difíciles de distinguir, probablemente databa del siglo XIX –se alcanzaba a ver un 18...– así pues, todos asumimos que era una lápida, pero podría ser un elemento conmemorativo.

Figura 13. *Lápida antigua. Descenso camino del Lengerke tramo Villanueva - Jordán.*



Figura 14. *La silla. Camino Villanueva - Jordán.*



Por su parte, “la silla”, era bastante grande, se encontraba en un claro en medio del camino, para ascender a esta debía bordearse y subir por la parte posterior, todos lo hicimos, a excepción de Catalina. Cuando subes y te recuestas, la sensación es indescriptible, casi que te sientes un gran rey, pero luego pensé, esto no es de este mundo, tal vez no pertenezca a un rey sino a un gran espíritu que habita estos parajes agrestes. Desde allí puedes contemplar una parte del cañón y casi que puedes tocar las nubes. Desde allí puedes ver Jordán, todavía tan pequeño en la distancia.

Mientras descendíamos, solo nos encontramos con tres personas, todos hombres jóvenes, vestían pantalonetas, ropa ligera y llevaban más bien poco equipaje, una colchoneta y un saco de dormir, iban bastante agotados, creo que nos encontramos más o menos a mitad del camino. De resto, nadie más, sin contar algunas cabras a lo lejos.

Cuando bajábamos, en un punto nos dimos cuenta de que el camino estaba un poco enmontado, haciéndonos dudar de cuál era la ruta que debíamos tomar, ya que al parecer se iniciaba otro sendero, mucho más tapado por una especie de zarza espinosa. Andrés tomó el liderazgo y fue a inspeccionar, las demás esperamos sobre el camino comiendo bocadillo.

Al regresar, Andrés mencionó que había más zarzas espinosas, y que a lo lejos percibió el sonido de una cascada. Decidimos seguir nuestra intuición de caminantes y continuamos descendiendo por donde veníamos, y no por donde se escuchaba la cascada, al final fue una buena elección.

El día seguía gris, esta vez el cielo se cerraba, poniéndose denso, como si fuera a llover. Después de un poco más de seis horas de descenso, salimos del camino y empezó a llover. ¡Increíble, estaba lloviendo!

Cuando salimos a la vía destapada, metros más adelante estaba don Pablo, nuestro contacto, esperándonos para llevarnos hasta el hostel Shangri-La. Nuestro anfitrión había calculado más o menos el tiempo del descenso y dijo que nos había visto mientras bajábamos por la montaña. Así llegamos a Jordán, era el miércoles 21 de diciembre de 2016, 3:00 p.m.

Llegamos a Shangri-La y nos ubicamos en las hamacas, dejamos nuestros morrales y recorrimos el lugar. El nombre del hostel sugería una tierra mágica, alejada del mundo conocido, así como el lugar utópico vinculado al imaginario de Oriente, y eso era para nosotros.

La tarde de aquel miércoles 21 de diciembre la pasamos metidos en la piscina, fue terapéutico. Nos reímos, y conversamos sobre nuestra aventura que estaba próxima a llegar a su fin. Hablábamos de lo que salió mal, de lo que no hicimos, pero sobre todo de lo que vivimos y conocimos, muy pocas personas tienen la oportunidad de aventurarse por aquellas tierras, tan bellas e inhóspitas a partes iguales.

Cuando cayó la noche Don Pablo nos preparó una comida que fue en realidad un banquete para dioses: un gran filete de pechuga asada a las brasas, una ensalada colorida con vegetales frescos y mucho aguacate, patacones recién hechos y arroz, y como si notara nuestra deshidratación, litros y litros de limonada de panela bien fría.

Don Pablo nos acompañó un momento, y antes de retirarse dijo que debía ir al pueblo por unas cosas y que volvería, nos indicó que no nos preocupáramos por los platos, que aprovecháramos el buen clima y nos fuéramos a descansar, porque en Jordán nunca llueve, y casualmente nuestra llegada coincidió con un día de lluvia fortuita. –Y recuerden no dejar nada en el piso, y tengan cuidado cuando vayan al baño, pueden tropezarse con alacranes, si bien no van a morir si pueden sentir mucho dolor–.

Así, con Shangri-La solo para nosotros cuatro, cada uno se acomodó en su hamaca y enrollados entre sus pliegues como un tabaquito, caímos como presas en un sueño profundo, arrullados por el viento fresco del cañón y el río que cantaba sutilmente a lo lejos, mientras la noche se iluminaba por las estrellas que titilaban de vez en cuando en el firmamento.

Jordán - Los Santos: el final de la aventura

Eran las 6:00 a.m. del jueves 22 de diciembre de 2016. Nos levantamos temprano, organizamos nuestras cosas y emprendimos la última etapa de nuestra aventura.

Una vez más las condiciones climáticas se pusieron de nuestro lado para afrontar el recorrido. Ese día el cielo estaba gris, la temperatura había bajado, ya que había llovido bastante el día anterior, algo inusual en la zona para esa época del año. Salimos del hostel con nuestros morrales a cuestas, con más optimismo que nunca, el recorrido si bien era en ascenso, era corto en comparación con los demás, calculamos que nos tomaría dos horas máximo.

Caminamos hacia el pueblo. A medida que avanzamos se veía una que otra casa, algunas personas y motos, ya que solo había dos formas de movilizarse por la zona, en moto o a pie. Al llegar al centro poblado de Jordán vimos algunas caras curiosas que se asomaban por entre los marcos de las puertas y algunas ventanas. Este es casi un pueblo fantasma, una gran vía articula las pocas casas que quedan en pie y el

parque, allí vimos la iglesia y un gran kiosco que sirve al parecer para múltiples actividades. Seguimos caminando por esta vía hasta encontrarnos con el puente, el cual estaba en proceso de restauración. Al parecer, las bases se encontraban en buen estado, así como los arcos y demás estructuras, a diferencia del puente de Ruedas sobre el río Suárez, por ello el puente de Jordán mantenía las bases y estaban cambiando el tablado y los cables de soporte.

Figura 15. *Parte de la estructura antigua del puente de Jordán.*



Figura 16. *Tablado y cables del puente de Jordán. Al fondo se alcanza a ver el kiosco del pueblo.*



Al otro lado del puente vimos una casa grande con corredor. No había personas cerca, ya que aún era muy temprano en la mañana, solo observamos una motocicleta estacionada y un pequeño caballo amarrado a un poste. Por un momento miramos el puente pensando un poco

en lo que habíamos recorrido y emprendimos el ascenso. Después de avanzar un tramo encontramos una casa antigua cuyos muros denotaban abandono. Sin embargo, para nuestro asombro tenía una cubierta moderna, es decir, un techo puesto recientemente.

Figura 17. *Vivienda sobre el costado derecho del camino Jordán - Los Santos [en ascenso].*



El camino real construido por Lengerke que comunica Jordán con la Mesa de los Santos es tal vez el más transitado, debido al impulso turístico que se le ha dado a la zona, sumado a que es un recorrido corto en comparación con otros caminos. Ahora bien, corto es una cosa, fácil es otra, ya que esto dependerá del caminante que lo recorra. En nuestro caso ya habíamos realizado ascensos y descensos mucho más difíciles y riesgosos, sumado a que este era nuestro último recorrido antes de llegar a casa, lo que nos impulsó a hacerlo con más tranquilidad.

Figura 18. *Vegetación nativa. Ascenso camino del Lengerke tramo Jordán - Mesa de Los Santos.*
Fuente: Andrés Ernesto Román Martínez.



Este era un camino más amplio que los otros, la calzada estaba prácticamente empedrada con lajas de piedra pulida de principio a fin, a excepción de unos tramos muy cortos donde se pierde, aunque como lo mencioné anteriormente, lo estaban restaurando.

Mientras subíamos alcanzábamos a ver Jordán, que nuevamente se iba alejando, haciéndose pequeñito hasta quedar como un punto lejano en el horizonte. Un poco de estiércol por el camino daba cuenta del tránsito de animales por el lugar, caballos o mulas, probablemente. Por el camino nos encontramos con varias personas; un joven que subía de Jordán hacia Los Santos, quien, por supuesto, nos pasó rápidamente y luego volvió a bajar; dos señores caminantes que bajaban hacia Jordán y con quienes conversamos un par de minutos en medio del camino, ya que al vernos en grupo, con morrales y un poco sucios, nos preguntaron que de

dónde veníamos, y les resumimos rápidamente nuestra aventura, quedaron asombrados y nos felicitaron por el interés que teníamos sobre las rutas, por caminar, por aventurarnos; y cuando ya casi culminábamos aparecieron unas señoras con unos niños quienes iban para Jordán.

Finalmente, completamos el ascenso en dos horas y media, aproximadamente, ya que subimos a un paso suave haciendo pausas en el camino para hidratarnos y contemplar una vez más lo que alcanzábamos a ver del cañón, agradeciendo que el sol no brilló con toda su potencia.

Así llegamos al municipio de Los Santos, pasadas las 8:30 a.m. del día jueves 22 de diciembre de 2016, salimos a una calle en las afueras de la población y caminamos hacia el parque donde nos sentamos a descansar mientras nos comíamos una paleta de mango biche con leche condensada, que según Melissa, jamás volvió a probar, y mientras Catalina iba a comprar los pasajes del bus de la flota Cáchira que nos traería de vuelta a casa.

Figura 19. *Caminantes en el parque de Los Santos.* Fuente: Andrés Ernesto Román Martínez.



Epílogo

Después del viaje todos querían saber cómo nos había ido, qué habíamos visto, qué conocimos, etc. Y alguien puntualmente preguntó que cómo me sentía al ser santandereana después de

haber recorrido esas tierras. Pues como santandereana definitivamente orgullosa, son paisajes de una belleza infinita, únicos. Siento que uno se vuelve como una especie de difusor de esas experiencias, vale la pena conocerlos para entender nuestro origen como pueblo; para entender nuestro territorio y cómo influyó en la formación del carácter del santandereano. Esto es importante mencionarlo, ya que el hombre transforma el territorio, pero este a su vez lo transforma a él. Después de recorrer esos y otros caminos en aventuras posteriores, creo que entendí aquel dicho de “más loco que una cabra”, porque estos animales son los únicos que se le miden a trepar

por esos riscos, por esos cañones, y hay que estar un poco loco para seguirles los pasos.

Finalmente, quisiera mencionar que como persona te cambia, llegas más fuerte, los problemas cotidianos parecen pequeños al lado de los desafíos que te presenta el camino, debes tomar decisiones rápidamente más allá del dolor o de la lógica misma, teniendo en cuenta múltiples factores. Te vuelves recursivo y práctico. Regresas con la mente despejada, lista para seguir aprendiendo y, sobre todo, a seguir viviendo en plenitud y tranquilidad.